

COLOR DE OCÉANO

FRANCISCO RAÚL

LOS encargados de mantener el orden en los países que regentan, desde tiempos inmemorables desarrollaron una extensa divulgación para hacer ver al enemigo como causante de todos los males sobre la tierra.

Muchos protestantes y católicos emigrantes acusaron a la Inquisición Española de incitar las revueltas en los Países Bajos para forzar a Felipe II a desplegar mano dura.

Guillermo de Orange, en 1581, redactó una famosa declaración en contra de Felipe II titulada: “Apología del príncipe d'Orange”. Dicho escrito aborda tanto la Inquisición como la libertad religiosa y apunta que la quema de brujas y toda suerte de herejes resultaban intrínsecas a los españoles, quienes aunque se esforzaban en mostrarse como puros cristianos, llevaban el estigma judío o morisco.

Los calvinistas desde un inicio utilizaron la propaganda escrita para exaltar y falsear las transgresiones del ejército español, la semejanza entre españoles y turcos, la maldad del Duque de Alba: “el comedor de niños”, y el temor a la Inquisición española. Se llegó a publicar un falso manuscrito que declaraba a los holandeses criminales de lesa majestad y se amenazaba con la confiscación de sus patrimonios.

Mientras en España la cacería de brujas dejó un total de 49 víctimas, en el mundo protestante (Suiza, Dinamarca, Holanda, Noruega, etc.) se calcula en más de 5, 350 las conjeturadas brujas quemadas vivas.

Felipe II aseguró enfáticamente que la Inquisición Española era un asunto interno, los holandeses ya tenían la propia, más cruel.

Al final, muchas fueron las acusadas y condenadas por actos de brujería y satanismo en los Países Bajos, sea por parte de los conquistadores ibéricos como de los propios holandeses.

Con las matanzas, laceraciones y humillaciones, se hacía valer el fanatismo religioso, el miedo, oportunismo y políticas...

Algunas mujeres lograron huir a la inquisición.

NOTAS DE MI INVESTIGACIÓN. ORIGINARIA APOSTILLA.

Jacinta del Carmen Buendía Carratalá.

11 de febrero de 1682.

Querido Diario.

Lamento mucho que sea esta la primera impresión que llevarás de mí, más de seguro te preguntarás qué demonios hace una chica caribeña en medio de un calor espantoso, empacando maletas donde sobresalen abrigos y bufandas apropiadas para los gélidos Polos o el inhóspito Himalaya. Igual debes preguntarte qué hago a estas horas del mediodía escribiendo cuando debería encontrarme entre cuentas, negocios y más cuentas.

Te diré: parto a un largo viaje, o lo que es igual, investigaré el oscuro encuentro con mis orígenes.

Ya veo que te asombra el término oscuridad, más es la realidad. Después de toda una vida como la conocida y predecible Jacinta, sin otra particularidad que sus tierras, negocios y nana Dolores, de repente me encuentro arrastrada dentro de un torbellino de turbias y siniestras revelaciones que aseguran que yo, Jacinta de las Mercedes, soy una falsaria, una aberración... una bruja.

Aún no me adapto a mi nuevo yo, pero lo cierto es que apenas unos días atrás era la joven y aburrida huérfana acaudalada y hoy soy la hija de la peor de las nigromantes nórdicas, causante de suicidios y aberraciones, entre las que se encuentra la revuelta en todo un poblado. Ayer tenía una rutinaria familia y hoy soy el resultado de peligrosos prófugos de la corona ocultos en Cauto Cristo.

Ha sido tanto el impacto que preciso revelar la verdad ha como dé lugar, por tanto, me desplazaré al sur de los Países Bajos, en el Brabante Septentrional, sitio donde supuestamente se originaron los sucesos que me trajeron a esta ilusoria identidad que hasta hoy profesé verdadera.

¿Dices que soy una excéntrica? Créelo si así piensas, más te aseguro que las revelaciones de los últimos días han resultado tan asombrosas y extravagantes como para sacudir mi mundo y colocarlo patas arriba. Ahora no hay marcha atrás, descubriré quien soy realmente y sobre todo, descubriré el por qué mis padres no son quienes dijeron ser y me engañaron. Mis padres, que jamás mienten. En un inicio no di crédito a las revelaciones, no resultaba fácil aceptar algo tan radical, más los titubeos se disiparon cuando observé el rostro de nana Dolores al preguntarle. Es un hecho: yo no soy yo, sino un soberano secreto, un tenebroso secreto, un secreto que concluirá en breve: un secreto a develar.

Si fuera a guiarme estrictamente por los documentos que porto y que conoces de sobra, diría que mi nombre es Jacinta del Carmen Buendía Carratalá, que nací un 10 de Octubre de 1652 y según transcurrió mi niñez, todo apuntaba hacia una vida placentera y simple. Hubiese jurado y perjurado que envejecería en el rutinario quehacer de una pueblerina cuya única anomalía versaba sobre el desentono en la pigmentación de la piel, los rubios cabellos, ojos desacostumbradamente azules y haber nacido en un año bisiesto. Conocéis (un diario lo sabe todo) que fue así hasta los catorce años, luego la catástrofe me siguió los pasos, dejándome en la orfandad y convirtiéndome en una ermitaña.

No obstante logré, como buena hija de hacendados cubanos (o eso creí, acostumbrada a lidiar con las adversidades), hacer al tiempo obrar a mi favor y recuperarme de tan duro golpe. Años más tarde me encontraba fortalecida y dispuesta a desafiar los más ásperos retos. Poseedora de la propiedad de varios negocios heredados, penetré una vez más en el lóbrego laberinto de la diaria e inevitable rutina.

A pesar del dolor por la pérdida filial, daba por incuestionable el haber nacido en el poblado oriental de Manzanillo, como resultaba incuestionable también ser el “resultado” de una atípica madre cubana – dígase rubia de ojos azules - y un padre que nunca

desmintió ser inglés. Las recientes develamientos sobre los sombríos y opacados detalles de mi descendencia me han tomado por sorpresa... y reaparecido una morbosa curiosidad que me picaba desde siempre.

Observar la distorsión de mi imagen en el espejo y cargar la sensación de encontrarme dividida en dos ocurría desde pequeña: Por una parte era la cubana Jacinta del ambiente manzanillero, y por otra me sentía un verdadero fraude. Blanca y desteñía entre tanto negro, mulato y gallego; resultaba lo más parecido a un payaso de feria en su propia casa, por más que Dolores se empeñara en hacerme ver como una cubanita del montón. Cubana sí era, sin duda, pero del montón... Ahora veo el porqué del desentono, mi nacimiento fue la consecuencia de seres ocultos a la justicia, seres oscuros, seres falsarios.

Ese tormento fraccionado no fue exclusivo de mi autoría. Desde un principio los peones de papá me observaban como a un gato entre ratones. Peor me fue cuando comencé en la escuela del pueblo, encontrándome frente a la fisgona mirada del resto de los niños: *Jacinta la espía, la rarita, la ojiegato.*

La fea oruga precisaba ver pasar las estaciones para, por fin, dejar de ser el hazmerreír y convertirse en una bella mariposa. Según los estándares de hermosura imperantes en Cuba, cada día mis compañeros me restregaban en cara el espécimen abanderado de la imperfección: Rubia platinada, piel lechosa casi transparente y ojos de un azul extraño, como el del Golfo de Guacanayabo, hacían de mi desentonada existencia una tortura acrecentada cada primavera.

Lo único bueno en mi adolescencia resultó el propio nombrecito platinado, que lejos de las risas me gustó un montón. El día que tuviera mi caballo lo llamaría así: Platinado.

Cuando las estaciones transcurrieron me percaté horrorizada que mientras al resto de mis amigas el sol cubano las doraba como pollos al carbón, los cabellos se les ensortijaban y los senos y nalgas se les desarrollaban tersos como la piel de chivo utilizada en el tambor de Orula, yo mantenía el pálido color de un fantasma y la esbeltez de

una escolar, equivalente a nulas curvaturas en ninguna de las partes donde ya debían existir protuberancias. Pongo a Dios como testigo que hice de todo para entonar, desde comer toneladas de maíz con mieles, hasta golpearme las nalgas con una fusta a ver si al menos hinchadas se notaban: nada de nada.

Lo descubierto me ha hecho revalorizar si lo sucedido a mis padres fue obra de la fatalidad o el resultado de la furia y el odio. Hoy salgo en busca de comprobar mi autenticidad, desechar la mentira y conocerme definitivamente, por muy dura que pudiera ser la verdad.

El vapor me aguarda, en nueve meses cumpliré treinta y es el lapso autoimpuesto para concluir con las pesquisas que me llevarán en la indaga de mis remotos y encubiertos umbrales familiares. En nueve meses abriré definitivamente el telón a la veracidad y dejaré a un lado la tortura del desplazado, de la pulga sin perro a quien pegarse, del marino sin navío.

Mientras coloco mis pertenencias en los baúles que recorrerán el camino hacia la subida del telón, una tonada canturreada por mi padre para dormirme me viene a la mente. Hago un esfuerzo por desecharla pero continúa ahí, imperturbable.

¿Seré capaz de llegar al final de la historia y desenredar la madeja donde germinará mi propio yo? ¿Seré capaz de soportar la realidad de ser una bruja? ¿De ser el germen de calamidades? ¿De ser...?

No estoy desprotegida, gracias a Dios Halfdan me acompaña. Dolores quedará al frente, ella sabe cómo hacer las cosas, y es mi hermana de crianza, aunque se desempeñó como nodriza desde que abrí los ojos al mundo.

Es hora de plasmar lo escrutado. Termino de colocar el último par de guantes y cierro la valija. Escucho a Willem llamándome, el cabriolé debe estar listo y creo no se me queda nada. Es hora de descorrer el velo tras la verdadera Isis: mi madre. Es hora de visitar desconocidos, revisar documentos, y sobre todo, es hora de escuchar confesiones. Es hora de aceptar como verdadera la

posibilidad de que no soy una chica normal, sino la heredera de un engendro.

La historia que moldearé se ajustará a la más estricta autenticidad. La iré develando tan pronto vaya conociéndola, por tanto estaré tan en ascuas como tú, querido diario. Espero al final poder mirarme tal como soy. No soporto continuar con la difusa imagen de una joven engañada y despersonalizada, portadora de un manto artificial. Por muy bien que me conciba dentro de la piel de Jacinta, no soy ella.

Firmaré cada episodio con mi nombre porque es el único que poseo hasta hoy. Documentaré suficientemente cada hecho para despojarlo de banalidades, subjetividades y apreciaciones.

Te cierro por ahora, diario mío, el viaje comienza. Porto conmigo malos presagios invadidos por hechizos, odio y muerte, tal y como lo profetizó Orula a través de nana Dolores, el Tablero de Ifá y sus poderes adivinadores. No importa, voy al éxodo con el corazón oprimido pero limpio.

Jacinta.